

Las formas de la hibridación

La forma de las ruinas

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Alfaguara, Madrid, 2016, 547 págs.

La forma de las ruinas es una extensa novela cuyo tejido narrativo, fina y coherentemente trabajado prueba fehaciente de madurez técnica) precipita al lector en las vidas de unos personajes que comparten la particularidad de estar vinculados, de un modo íntimo, al asesinato: uno, el de Jorge Eliécer Gaitán; el otro, el de Rafael Uribe Uribe. Un libro que su propio narrador, por la complejidad de los temas que trata, juzga prolijo y al tiempo insuficiente. Lo primero se evidencia en la riqueza documental con la que recrea la larga peripecia por los recodos de la memoria nacional. Su insuficiencia radica, por otro lado, en brindar una respuesta definitiva a sus personajes (y al lector) sobre dichos crímenes.

Vásquez, personaje-narrador; Carlos Carballo y Francisco Benavides, hombres arrastrados por una herencia común de violencia; los tres convergen en torno a sus *ruinas*: la calota rajada del cráneo del general y la vértebra perforada por la bala que habría apagado la vida del líder liberal. Estos objetos, conservados con celo, sacralizados por el tiempo, engrosarán sus obsesiones y les facilitarán la comunicación con *esos muertos del pasado*.

En una Bogotá contemporánea e inclemente (Vásquez también recrea, sin sentimentalismos y más bien con dotes de etnógrafo, el cosmos capitalino de principios y mediados del siglo XX; hace un edificador paseo por la ciudad ya extinta), estos personajes forman un triángulo, soldado por la intriga que suscitan esos huesos. ¿Cuál es su utilidad? ¿Quién debe conservarlos? Su peso irá abriendo un boquete en sus vidas, por la que se abocará la infamia del pasado. A medida que penetran en sus zonas oscuras, verán caer a los que en su momento sucumbieron a la peligrosa obsesión de esclarecer estos crímenes.

Marco Tulio Anzola Samper, autor de *¿Quiénes son?*, un documento real de 1917, es un inexperto pero valiente

abogado que emprende, solo contra el establecimiento, una apasionada investigación para desenmascarar a los autores intelectuales del crimen contra Uribe Uribe. Recreada con ingenio y minucia, su historia constituye uno de los elementos más logrados de esta novela.

La trama, que aunque intrincada, no deja de ser coherente, trenza dos momentos del siglo XX (los dos magnicidios mencionados) y el presente de la narración. Impone un ritmo de lectura intenso, gracias, por un lado, a los saltos temporales de la voz narrativa y, por otro, a la riqueza de las descripciones que hace de los lugares que visita. Esta es además una novela en la que las indagaciones de los vivos se vuelcan sobre las indagaciones de muertos; sus miradas, las de los primeros, se cuelean atravesando otras ya petrificadas en el tiempo (que tal vez vieron lo que la historia oficial omitió). Una intriga, en últimas, con la que Juan Gabriel Vásquez confirma, además de su predilección por el relato policiaco, su habilidad para articular los mecanismos internos propios a este género.

En *La forma de las ruinas*, el rastro de las pistas opera en varios niveles. Algunas deben alejarse todavía más en el tiempo para reafirmar su validez pretérita y ocurre algo semejante con aquellas que se desprenden de un pasado menos distante: para consolidarse, deben pasar por la lupa del investigador que las contempla desde el presente de la narración. Un flujo narrativo elíptico que lleva sus pasajes en forma alternada por el eje de las abscisas y por el de las ordenadas.

Aunque lo policiaco ordena la trama, no la monopoliza. El 9 de abril de 2014, arrestan a Carballo por haber intentado, supuestamente, robar el traje que llevaba puesto Gaitán el día de su asesinato. ¿Qué lo motiva a romper el vidrio a puñetazos? Acérrimo defensor de las teorías complotistas, Carballo cree en la hipótesis—análoga a la del caso Kennedy, a la que se le brinda un importante número de páginas—de que un segundo tirador habría operado junto a Roa Sierra. Consagra su vida a comprobarlo (acaso Carballo sea un eco distante del Carvalho de Vázquez Montalbán).

¿De dónde proviene semejante obsesión del detenido? *El motivo del*

padre permea de un modo imperceptible la trama y se desliza oportunamente hacia al final de la novela, como la energía que moviliza la obstinación de Carballo por Gaitán: a través de este busca a su padre, al que jamás vio pero que fue en su momento un devoto gaitanista del barrio La Perseverancia, de Bogotá. No hay cabos sueltos. El 9 de abril de 1948, el padre posó su mano sobre el cadáver del caudillo, a la altura del hombro—ahí donde alcanzó a ponerla Carballo—, tras descubrirlo tendido frente a la entrada del edificio Agustín Nieto. Las reliquias, el contacto con ellas, nos permiten hurgar en el pasado, saldar cuentas con nuestros muertos. *La forma de las ruinas* es también una exploración de su fuerza simbólica.

En el fondo, advierte Vásquez, lo que se propone contar con este libro es la historia de esa obsesión paternal. Y haciéndolo indirectamente, devela lo que subyace a la afición que se profesa por la figura de Gaitán: la búsqueda de un padre justo y salvador. En este sentido, la novela cumple una doble función. Por un lado, rinde homenaje a un hombre *noble* de su tiempo arrojando luz sobre su personalidad y su obrar; por otro, propicia una reflexión con respecto a las bases sobre las que su mito se ha fundado. Una especie de revisionismo histórico (consciente, por lo menos en el caso de esta novela, de las limitaciones que le impone la ficción) que también marca una cierta tendencia en la producción literaria nacional. La confirma *La carroza de Bolívar*, de Evelio Rosero. En Colombia, se está escribiendo sobre los vicios y vacíos de nuestra historia. Vásquez, consciente de estas lagunas, declara que su proyecto es escribir sobre esa corrosiva intimidad que es Colombia, que lo habita, pero que apenas conoce.

Sin ser propiamente histórica, esta novela basa gran parte de su engranaje en la historicidad de los hechos para lanzar a partir de (y contra) ellos una mirada crítica que termina por develar la porosidad del discurso oficial que los ha momificado. Por años, Carballo acechará a Vásquez con el solo objeto de inocular en él su obsesión y de este modo convencerlo de que escriba el libro que develará la verdad ocultada en torno al crimen de Gaitán; *el libro de su vida* lo incita, en él pondrá todo

su talento al servicio de la verdad (y de la memoria) histórica de Colombia.

Tal como hizo Anzola en su momento, Vásquez se atreve, si no a reescribir la historia, por lo menos a escribirla bien. Y aunque nunca lo hace, termina construyendo una obra de mayor envergadura, en la que el libro de Carballo queda contenido (el que reseñamos aquí). Para alcanzar tal fin, el narrador utiliza una estrategia simple, pero no por eso menos ambiciosa: su voz quiere abarcarlo todo y escudriña en documentos auténticos, en anécdotas contadas de viva voz, en otras referenciadas por terceros, en fotografías (que le otorgan al texto un carácter lúdico que invita a pensar en una especie de novela-documental).

Eso que averigua cuidadosamente, lo reproduce, no en una polifonía incongruente, sino en una especie de sinfonía muy bien ejecutada. A este respecto, *¿Quiénes son?* resulta ser un documento-germen, un centro neurálgico del que brotarán los demás ejes narrativos, que se van acoplando entre sí para formar un fino entramado en el que ninguna de las piezas entra a la fuerza. Gracias a esta obra, además de encontrar que Vásquez (¿un narrador supra omnisciente situado en lo más alto de la jerarquía de los múltiples narradores que discretamente acapara?) descubre el juego que Carballo quiere obligarlo a jugar, el lector halla una suerte de rosa de los vientos para orientarse en el vasto relato al que se enfrenta (las largas pero necesarias digresiones alcanzan a sugerir lo laborioso).

Aunque es complejo el armazón narrativo de esta novela, eso no impide a su autor hacer un profundo y convincente tratamiento psicológico de los personajes. Con una prosa reposada y lúcida que va progresivamente excavando en su universo interior sin aspirar a grandilocuencias, Vásquez hace gala de una notable sensibilidad para la introspección (la suya y la de sus personajes), ya sea para repasar, en ellos, los desgarros de la violencia, sus obsesiones, o para dar una mirada a aspectos complejos de la vida (interesantes sus reflexiones sobre el exilio y la lengua materna); todo ello le confiere a esta obra un contenido humano que se apareja al de la literatura de trascendencia.

Por su rico eclecticismo (reconocido por el mismo autor) en cuanto a géneros se refiere, por una escritura en primera persona que logra el equilibrio entre lo íntimo y lo objetivo, por su vocación hacia lo histórico (tal vez sea parcialmente extrapolable a lo que los herederos de Gérard Genette denominan relato ego-histórico; véase *¡Tierra! ¡Tierra!*, de Sándor Márai, por ejemplo), esta novela concurre sin duda en una tendencia actual caracterizada por el desmoronamiento de las barreras formales que hasta hace no mucho separaban a la ficción de otras formas de escritura.

No obstante, *La forma de las ruinas* da un paso más allá de esa transgresión. No es solo una novela híbrida cuyo narrador fluctúa holgadamente entre lo ficcional y lo ensayístico, entre el archivo y lo memorial; es también una obra erigida por un narrador con dotes metaficcionales que por momentos ausculta su propia diégesis (por momentos también parece abandonarla, práctica por lo demás original, que tiende a difuminar los límites mismos de la ficción. Se tiene a veces la impresión de estar leyendo unas memorias o un informe).

La inclusión de fotografías y de elementos paratextuales provenientes, digamos, de la realidad, puede considerarse una prenda de autenticidad, pero no puede negarse que recurrir a eso, además de otorgar cierta rareza al texto (¿semi-ficción?), no es prototípico del arte novelesco. Ahora bien, más que como defectos, este y los rasgos anteriores deben verse como pruebas de la *actualidad* de esta novela. Por fortuna, su hibridación no es precisamente la forma de su ruina. El goce de su lectura está garantizado.

Mauricio Polanco